



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

ACTUALIDADES



—¡Ay, guardia, qué mal me encuentro!
Dígale usted al delegado
que socorra á un inundado.
—¿Usted?
—Sí, señor... por dentro.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Peloteo rústico, por Juan Pérez Zúñiga.—Justicias y ladrones, por José Estremera.—Camareros, por Eduardo de Palacio.—La cabeza del bandido, por Ricardo J. Catarineu.—Menudencia, por Sinesio Delgado.—El caballo de cartón, por Luis González Gil.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Actualidades.—Brujerías.—Anuncios, por Cilla.



Hemos vuelto á dar pruebas elocuentes de «nuestra inagotable caridad,» con motivo de las inundaciones.

En el gobierno civil se reciben todos los días prendas de ropa en mal uso, para que sean repartidas entre los inundados.

Hay quien hace donativos valiosos, que aliviarán el infortunio de las víctimas; pero hay asimismo quien envía al gobernador unos pantalones de dril agujereados por detrás, ó unos chanclos de goma en completo estado de descomposición, ó una pistola de dos cañones que no dispara.

En cuanto ocurre una catástrofe nacional, muchos caballeros filántropos comienzan á registrar su domicilio, movidos por un sentimiento generoso.

—¿Qué estás haciendo?—suelen preguntarles sus esposas respectivas.

—Busco prendas y objetos útiles para remediar la desgracia de los damnificados—contestan los caballeros.

Y lo mismo es ver un paraguas viejo ó unas bótas destartadas, ya están haciendo un lío para enviarlo á Consuegra ó á Villacañas ó á Almería, con el siguiente rótulo:

«Para el que haya salvado mayor número de existencias y sea pobre de solemnidad. Donativo de D. Mamerto López de la Quintana. Rubio, 103. Madrid.»

Si la prensa cita el donativo de D. Mamerto, éste respira con satisfacción y se esponja; pero si el hecho generoso ha pasado inadvertido, D. Mamerto acude á la redacción de los periódicos, y formula su queja en esta forma:

—Hombre, me extraña que no hayan dado ustedes cuenta de mi rasgo.

—¿Qué rasgo?—le preguntan.

—Yo he sido de los primeros en acudir al socorro de las víctimas, y no veo figurar mi nombre entre los donantes.

—¿Qué ha donado usted?

—Tres prendas de uso doméstico y dos libras de butifarra catalana.

—Tomaremos nota para publicar el rasgo.

—No es que yo quiera que me lo agradezcan, pero siempre gusta verse en letras de molde.

Una señora caritativa acaba de regalar, con destino á las víctimas de Miguelturra, un corsé-faja para disminuir el vientre; y otro caballero les envía una flauta con esta advertencia: «Á la flauta se le va el aire por detrás, pero puede remediarse este defecto con un taponcito de corcho.»

Cuando ocurrió la catástrofe de Consuegra, hubo un sujeto caritativo que donó un gabán verde con bocamangas de piel de gato. El gabán fué á caer en manos de un infeliz padre de familia que exclamaba con lágrimas en los ojos:

—¡Dios mío! ¡Qué desgracia! ¡Haber perdido mis muebles y encima tener que ponerme este gabán!...

Pero siempre es de agradecer la buena intención del público. Los que no merecen agradecimiento son unos chicos del ramo de percales adamascados, que van á hacer una función dramática en uno de

nuestros [coliseos á beneficio] de la inundación de Villacañas. Lo probable será que destruyan *El gran ga'coto* y dejen malparada cualquiera otra obra del repertorio. Desde luego el papel de galán está á cargo de un joven tartamudo, que no sabe pronunciar las erres. La dama es una patrona viuda, natural de Chiclana, que dice:

Er sentimiento mapena.

¿Caré, Dios mio, caré?

y todos los demás actores están dispuestos á coger el famoso drama de Echeagaray, y hacerlo polvo.

No creo que haya razón, por grandes que sean las desgracias de la provincia de Toledo, para destruir una obra dramática y someter al público al martirio lento, pero seguro.

En medio del infortunio que padecen los inundados, hay siempre algo consolador, y este algo lo aportan las autoridades con su presencia y sus frases levantadas.

Un desventurado padre acaba de perder á sus hijos; las lágrimas corren por su rostro, y aparece el gobernador con su levita larga y su sombrero de copa, diciendo:

—S. M. la reina ha visto con sentimiento lo que acaba de ocurrir. Tranquílícese usted.

—No puedo, señor gobernador.

—¿Cómo? ¿No acabo de decir á usted que S. M. la reina ha visto con sentimiento, etc.?

—Ya lo he oído.

—Pues bien, cálese usted y no sufra más.

Parece que no, pero siempre es un consuelo ver á las autoridades de cerca, dictando disposiciones que no sirven para nada y acudiendo á los sitios de mayor peligro... cuando ha pasado la inundación.

Los corresponsales de periódicos llevan también su parte de consuelo al corazón de los perjudicados, porque les dicen:

—Vaya, no se desesperes usted, que voy á publicar su nombre en mi periódico y á decir todo lo que le ha sucedido para que se conmueva el público. ¿Cuántos años tiene usted? ¿Treinta y ocho? Voy á ponerle veintinueve nada más, porque esto siempre agrada. ¿Qué es lo que ha perdido usted?

—Yo no perdí más que una burra.

—Pondremos dos. ¿Tiene usted hijos?

—No, señor.

—¡Qué lástima!

—¿Por qué?

—Porque me hubiera gustado poder decir que se había usted quedado á la intemperie con cinco ó seis niños, el menor de tres meses, y que no tenía usted con qué alimentarlos.

—Pues soy soltero.

—¡Lástima que no se hubiese casado usted ocho ó diez días antes de la inundación!... Pero, en fin, ya haremos de usted una figura interesante. En vez de la burra, voy á decir que ha perdido usted una cuñada.

—Haga usted lo que guste; pero yo lo que quiero es que me paguen la burra.

—Cuenta usted con ella.

En fin, no todo ha de ser infortunio; en medio del dolor hay siempre algo que alivia y conforta, gracias al celo de las autoridades y á la actividad de nuestros compañeros los periodistas.

LUIS TABOADA.

PELOTEO RÚSTICO

I

El juego de pelota es juego que entusiasma y alborota á los de Valdepinos.

Al principio jugaban en la iglesia, después en uno de los dos molinos de la señá Nemesia, y por fin, como en todo se adelanta, hicieron un frontón de nueva planta, donde hoy el señorón y el aldeano van á jugar, no á cesta, sino á mano; porque llevar la cesta es cosa que aun jugando les molesta.

II

Ayer llegué al frontón; cerrado estaba; mas oí repetidos pelotazos por la parte de adentro. ¿Quién jugaba? Subido en los bardazos

del próximo corral, salí de dudas.
 Dos mozas pistonudas
 y un par de mozos, á cual más garrido,
 formaban el partido;
 partido de interés extraordinario,
 pues sucaba Ramón, que es un galera,
 y á la Paca llevaba de zaguera;
 y en el bando contrario
 era el zaguero Hilario
 y era la delantera la Rosario.
 ¡Válgame San Antón, qué delantera!
 ¡Qué boleas! ¡qué saques! ¡qué reverses!
 ¡No se me han de olvidar en muchos meses!

III

Ramón y la Paquilla se adoraban
 y el otro y la Rosario se querían,
 y cada vez que un tanto se apantaban,
 á descansar se iban
 y, creyéndose solos, se abrazaban
 y, habiéndose bajito, sonreían.
 Yo, al ver tales excesos, francamente,
 me sentía impaciente;
 porque iban en aumento
 según iba acercándose el momento
 de llegar en los tantos al cincuenta.
 Uno faltaba ya, según mi cuenta,
 cuando un faerte y certero pelotazo
 fué y me dió tan de lleno en este ojo,
 que si á un poste de piedra no me cojo,
 me doy el gran porrazo.
 Y al quedarme sin vista y con dolores,
 en lugar de mostrarme resentido,
 dije á los jugadores:
 ¡Reciba el que haya sido
 mil gracias por el golpe que me ha dado,
 pues así me ha librado
 de que vea el remate del partido.»

— JUAN PÉREZ ZORIGA.

JUSTICIAS Y LADRONES

CANCION

¡Válgame Dios en los cielos,
 qué cosas hace el amor!
 Mi novio es guardia civil,
 siendo mi padre ladrón.

Me muero por la justicia
 y del robo he de vivir,
 pues tengo el padre ladrón
 y el novio guardia civil.

En cuanto asoma el tricordio
 de mi amante por la esquina,
 mi padre se va de casa
 y á mí me deja solita.

Mi padre es ladrón, yo honrada,
 y anda mi guardia civil
 siempre huyendo de mi padre,
 siempre buscándome á mí.

Yo me estoy las horas muertas
 al lado de mi dueño,
 que así está el ladrón tranquilo
 y el guardia civil contento.

Dígame usted, señor cura,
 qué me toca hacer á mí,
 si tengo el padre ladrón
 y el novio guardia civil.

Padrecito de mi vida,
 vaya usted con Dios tranquilo
 y no tema esté á la guardia,
 que está la guardia conmigo.

No vayas al campo, amante,
 que yo soy ta prisionera
 y tienes que estar conmigo
 haciéndome centinela.

Teniendo conmigo al novio
 tranquila puedo vivir,
 que está en el campo el ladrón
 y en casa el guardia civil.

¡Ay, pobrecita de mí,
 que me han dicho que mi amante
 persigue á un ladrón famoso
 y no sabe que es mi padre!

Ni me mires, ni me hables,
 ni me vuelvas nunca á ver,
 ¡ay, que no puedo quererte!
 ¡No me preguntes por qué!

¡Ay, pobrecita de mí,
 que son dos fuentes mis ojos,
 que va mi padre á la cárcel...
 ¡y se lo lleva mi novio!

Llorad, llorad, ojos míos,
 que me he quedado sin padre...
 Llorad, ojitos, que soy
 enemiga de mi amante.

Las maldiciones del cielo
 caigan todas sobre mí,
 que tuve el padre ladrón
 y el novio guardia civil.

— JOSÉ ESTREMEIRA.

CAMAREROS

Digno de lauros y de respeto es el cocinero, figura gigantesca en los pueblos cultos, protagonista en varios acontecimientos históricos, héroe con mandil, filósofo con gorro de papel de cartas, economista, poeta, artista y químico.
 Dignos de elogio y de admiración, desde Brillat Savarin, cocinero por principios, hasta Angel Muro, cocinero por convicción, los que profesan tan noble ministerio, merecen bien de la patria y de la humanidad civilizada.
 Pero hay una clase intermediaria del cocinero y «el auditorio»

clase meritoria cuanto sufrida, inteligente, culta generalmente, blanda, servicial, generosa ó injustamente apreciada en menor ó mayor grado, por cocineros, dueños de hotel, de restaurant, de café, y por transeúntes y parroquianos de cortos alcances.

El perito, la persona que distingue, da lo que merece al gremio, en general, y al camarero, en particular.

¿Qué sería de la humanidad «por cobiertos» y «á la carta» si el camarero, con su tacto exquisito, con su diplomacia, no abogase por el público ilustrado en el tenebroso tribunal de la trascendente cocina?

¿Qué sería del dueño del hotel, del restaurant ó del café, si los camareros no velasen por los intereses que les están encomendados, si no procurasen á costa de molestias y discusiones con «el principal» ó con el jefe de administración de cocina, establecer y afirmar esa simultaneidad de conveniencias entre el dueño de la casa y el público?

Un camarero es, al mismo tiempo, un delegado del amo del establecimiento y un enviado extraordinario del consumidor cerca del amo y del repastero y del jefe de cocina.

¿Qué es un camarero?

Un diputado del parroquiano, en la cámara donde se hace y se vota los platos que ha de servir á cada concurrente.

¿Qué es un diputado por distrito de cuya existencia no tenía noticias hasta que vino á representarle en la Cámara?

Un camarero.

Es decir: quisiera ser un camarero.

Porque ésta se lo debe todo á *sigo mismo*, y el representante «por un punto» lo debe, tal vez, á la magnanimidad de un suegro ó dos.

El camarero no tiene vida propia; se debe á la patria.

Á la patria que come y que toma café fuera del propio domicilio.

Personas ordinarias y señores del teatro antiguo le llaman «mozo.»

¡Mozo! cuando entre los buenos mozos se cuenta en el gremio tantos veteranos insignes!

Algún galo-cursi le denomina «garçon.»

El camarero viste lo mismo la chaqueta popular que la cazadora de la clase de sol y sombra ó el frac diplomático, según el establecimiento donde funciona.

Pero siempre de negro y siempre limpio.

Como que es encarnación viva de la Academia de la lengua.

«Limpia (las mesas ó los veladores de su turno), B!» (la atención en complacer al parroquiano, para bien de la casa y del mismo) y «da esplendor» (al establecimiento en que sirve).

Hace algunos años aparecieron las camareras en algunos cafés con ruido ó con «¡gigios flamencos.»

Salvo en las horchaterías, nunca habíamos conocido en nuestro país las camareras.

Representan, en opinión de algunos «chicos del ramo de *chulos*,» una conquista del progreso, ó varias conquistas.

Corramos un pudoroso ruedo sobre esas conquistas.

El camarero es un modelo de mansedumbre, en lo de sufrir con paciencia las flaquezas del prójimo.

Procura adivinar los gustos del parroquiano nuevo, porque los del antiguo ya los conoce de memoria y los satisface, luchando en el mostrador ó en la cocina con encargados y cocineros.

¡Cuántas veces unas gotas de cognac han sido causa para la salida de un camarero del café en que prestaba sus servicios!

¡En cuántas ocasiones un cambio de plato en el *menu*, para complacer á un caballero cubierto de precio fijo, ha provocado la ruptura de relaciones entre un camarero y el jefe de cocina!

¿Quién paga las deficiencias del laboratorio de los platos y aun del lavatorio?

El camarero: él responde de todo; á las veces, hasta del importe del cubierto del caballero que se va y vuelve, ó que se va y no vuelve.

Porque hay parroquianos agradecidos y generosos; pero los hay de presa.

Parroquianos en el acto, como anuncian las tarjetas en algunas litografías, y parroquianos para el porvenir: de éstos, pocos, afortunadamente, para los camareros.

En la clase hay categorías, conforme al establecimiento en que sirven.

Entre un camarero del Casino de Madrid, por ejemplo, y otro camarero de restaurant de peseta con dos principios y palillo, media un abismo.

Pero estas diferencias de posición social no «empecan» para el compañarismo.

Han formado una asociación de socorros mutuos donde todos caben.

Lo que no hemos logrado aún los chicos y los ancianos de la prensa.

Hay diferencias de instrucción entre los individuos de la clase. Camareros que hablan en tres ó más idiomas, simultáneamente, y camareros que sólo hablan en *caló*.

Esto sí se observa en la gente de la prensa y aun entre diplomáticos de nuestro país: algunos hablan ó escriben solos: otros, con ayuda de Larousse ó de cualquier «manual de la conversación.»

En la calle se los conoce por lo limpios y por lo correctos.

Generalmente no usan bigote, como los cómicos importantes, los clérigos y los toreros.

Algunos se dejan las patillas arregladas del inglés, y no falta quien las usa á la andaluza: de *boca e jacha*.

Como los cradores y los poetas, tienen su público.

Un camarero que se va de un establecimiento, se lleva su público adonde va.

BRUJERÍAS



El buen Rodríguez era un cazador empedernido.



Tanto que a su mujer le iba cargando aquello de salir todos los días a las cuatro de la mañana y no volver hasta las ocho de la noche.



Por lo cual decidió impedirlo por medio de la astucia.



Y una noche, cuando Rodríguez, después de preparar sus trebejos, se había dormido tranquilamente, escondió la escopeta en sitio seguro.



Entonces ¡mire us'ed qué casualidad! el bueno del hombre empezó a soñar que salía al campo.



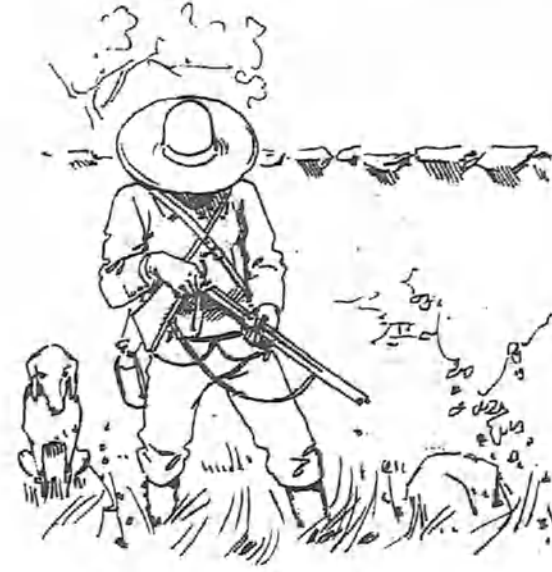
Y que al otro lado de la tapia veía un hermoso conejo puesto de bote a seis metros escasamente.



Se echó la escopeta a la cara, y ¡pum!



Pero el conejo seguía firme y sin huir, como burlándose de su puntería.



Volvió a cargar, con la natural excitación del amor propio.



Y ¡oh sorpresa! el conejo se había plantado sobre la tapia y le miraba de hito en hito.



Y al hacer el segundo disparo le acometió fieramente, arrojándose de un salto a la misma cara.



El buen Rodríguez cayó al suelo, estupefacto de vergüenza y de asombro, mientras el enemigo huía llevándose la escopeta.



Con la cual empezó a apuntarle a corta distancia, decidiendo a cortarle el precioso hilo de la existencia.



En tan terrible situación despertó el buen Rodríguez, riéndose de su sueño extravagante, y empezó los preparativos de marcha.



Pero ¡horror! ¿Y la escopeta? ¡No estaba allí la escopeta! ¡Era verdad que se la había llevado el conejo!

Ellos saben cómo comen los hombres importantes, los genios y los concejales.

«Dime cómo comes y te diré quién eres.»

Hay hombres grandes, lo mismo entre diputados provinciales que entre los otros, que comen bien y con pulcritud, y los hay que comen la sopa con cucharón y los filetes á mano y la crema á dedo.

El camarero observa y calla, aunque ría en secreto.

—Camarero, me trae usted el roastbeef frío.

—Sí es fiambre, señorito.

—Pues por eso quiero que le calienten; y la ensalada de pimientos.

—¿También quiere usted que la calienten?

—Es igual.

Y todo lo sufre el benévolo camarero.

Con razón me decía uno de los individuos de la clase, á la que profeso especial cariño:

—Mire usted, D. Eduardo, hay personas de las que vienen aquí que debieran comer en pesebre, aunque le esté á uno mal el decirlo.

EDUARDO DE PALACIO.

LA CABEZA DEL BANDIDO

De la tribu el jefe se sentó en el trono,
y la muchedumbre rodeó su asiento
y con danzas bairdas y grotescas voces
dió las buenas tardes á su reyezuelo.

De un baobal las ramas eran sombra al trono;
á sus pies el lago, perezoso y quieto,
cantaba en voz baja, y el sol del estío
rasgaba las ondas con curvas de fuego.

Como si el asombro les enmudeciera,
todos los vasallos guardaron silencio
y, mientras se alzaba de su asiento el jefe,
saludos y baile cesaron á un tiempo.

Todos la mirada bajaron á tierra
y las manos juntas alzaron al cielo,
y el rey de la tribu, con voz majestuosa,
sin mirarle apenas, así habló á su pueblo:

—¡Oh, vasallos! Cerca tendéis un peligro
que cortar de un golpe para siempre quiero;
la paz amenaza de nuestras familias
y de nuestras selvas ofende el sosiego.

Nuestro dios, el astro del día, que vela
por todos nosotros en el firmamento,
donde irán los justos á forjar el rayo
y donde su tumba tienen mis abuelos,

consentir no puede que el peligro dure
y evitarle os manda, como yo os lo ordeno.
Si aún hay almas nobles y brazos audaces,
hora es de que muestren sus bríos guerreros.»

Cerca de estas selvas habite un bandido;
sus señas y nombre ya todos sabemos;
como los baobales, es alto y robusto,
como el hipopótamo, valiente y soberbio.

Fieras y asesinos tiene por vasallos,
su alma es negra como los remordimientos,
su dios es la muerte, su ley la injusticia,
su patria la noche, su reino el desierto.

Nadie lo vió nunca temblar; nadie supo
que humanas pasiones turbaran su pecho;
nunca por sus ojos resbaló una lágrima,
jamás ablandaron su furia los ruegos.

Roba, altraja y mata por costumbre; nadie
que le vió de cerca, retiróse ileso;
cuando sus caricias le otorga una virgen,
las caricias paga con la muerte presto.

Todos le habéis visto llegar á estos bosques
y trazar su historia con brutales hechos;
no hubo horas tranquilas en vuestras cabañas
hasta que le visteis marchar desde lejos.

El sol hoy ha hablado con nuestros astrólogos;
los sabios anguran el triunfo, y yo un premio
á aquel que, entre todos los que ahora me escuchan,
á matar al monstruo se ofrezca el primero.

Después de una pausa: —¡Yo iré!—gritó un hombre.
El sol vistió al lago ropaje sangriento,
bajó el rey del trono, y á un tiempo silbidos
y gritos y danzas tornaron de nuevo.

Era la alta noche. Cristalina y blanca
la luna su globo colgaba del cielo
y, como una gota de sangre que humea,
despedía Marte su fulgor siniestro.

El héroe marchaba buscando al bandido.
De pronto detuvo sus pasos inciertos
y en la solitaria calma de la noche
la voz de un sollozo vibrar hizo el viento.

Signió. En una peña, sentado un fantasma,
lívido é inmóvil como un esqueleto.
El fantasma, al verle, levantó los ojos
y volvió á bajarlos á sus pensamientos.

—¡Y eras tú, cobarde (rugiendo habló el héroe)

quien iba sembrando la sangre y el miedo!
¡V ahora, en mi presencia, por la noche, lloras
como las mujeres cuando brama el trueno!

—¿Por qué lloras, monstruo? ¿Qué ruindad te mueve?
¿Tal vez de tu amada los justos desprecios?
¿O la rabia acaso? ¡Dime por qué tiemblos!

.....
Y el bandido dijo:—Tengo un niño enfermo.

RICARDO J. CATARINEU.

MENUDENCIA

Sin ella la vida
resulta un infierno,
según los poetas
de todos los tiempos.
Por ella se matan
bastantes sujetos
que diz que no pueden
sufrir un desprecio.
Por ella se lucha
sin paz ni sosiego,
se dan las batallas,
se juega el dinero,
se baja á las minas,
se trepa á los cerros,
se riñe, se llora,
se escriben sonetos...
Los actos del hombre,
ya malos, ya buenos,
en ella se inspiran
tal vez sin haberlo.

Porque ella es la gloria,
la dicha, el tormento,
placer en la calma,
martirio en los celos,
demonio en las dudas,
querube en los sueños,
acibar por fuera
y almibar por dentro.
Si todos por ella
gozando ó sufriendo
sostienen el rudo
combate perpetuo,
en mí es el suplicio
más grande y más recio.
Porque soy un loco;
porque de ella tengo
tan enrevesado
y oscuro concepto,
¡ay! que ella... ¡son muchas
mujeres á un tiempo!

SINESIO DELGADO.

EL CABALLO DE CARTÓN

(CUENTO)

María, que llevaba de la mano á su hijo, scortó el paso, obligada por la resistencia enérgica del niño. Estaban en la Plaza Mayor, delante de una tienda de juguetes; uno de esos bazares que son para la imaginación infantil lo que el opio para los orientales.

En la puerta había un caballo muy grande, negro como la tinta, primorosamente enjaezado y con la rienda sobre el arzón: parecía que sólo esperaba al jinete.

María se detuvo un momento, cediendo al insistente capricho de su hijo, que lleno de asombro decía:

—¡Mira, mamá!

—Sí; es muy bonito. Vámonos.

—¿Será de verdad?

—¡Tonto! ¿No ves que es de cartón?

—¿Me lo compras?

—Eso cuesta doce pesetas, y no es para tí. Anda, que nos aguarda tu padre.

—Pues yo lo quiero...

El chico empezó á gimotear, y la madre, llevándole casi á rastra, se alejó de la tienda. El «quería un caballo, un caballo grande; así era el de Toñito, el vecino de enfrente.» Y el muchacho subía el diapasón del llanto, hasta convertirlo en una desgañada rabieta.

María, roja de vergüenza y de cólera, le dió cuatro azotes; pero el chico se encoragino más, y la madre tuvo que cogerle y cargar con el peso de aquel muchachote de cuatro años.

Hasta Chamberí, donde vivían, fueron llamando la atención de la gente; ella sudorosa, jadeante, con el chico en brazos; él agarrado al cuello de su madre, pateando furioso y gritando con la vibración penetrante de cincuenta laringes metálicas.

En la escalera de su casa encontraron al padre, que ya había vuelto del trabajo, y salió á enterarse de lo que á su hijo ocurría.

—¡Quiero el caballo! ¡El caballoooo!

La madre dejó boca abajo, sobre el suelo del pasillo, á la criatura, que comenzó á restregarse, babeando rabiosamente y chillando como un energúmeno.

María refirió á su marido la causa de todo aquello. «Le tenían muy mal criado, y habría que darle una paliza soberana.» Pero el padre se opuso. «No convenía pegarle... Si el caballo no fuese muy caro...»

—¿Estás loco?—dijo ella en tono de reconvección.

—¿Y si cae malo? Ya sabes lo que nos dijo el médico...

María, muy seria, y sin contestar, se puso á extender el mantel sobre la mesa, porque era la hora del almuerzo. En seguida fué á buscar á su hijo, que continuaba en la misma postura, amoratado el rostro y chillando aún, aunque el berrinche había agotado el vigor de las cuerdas bucales y su voz era ronca.

«No quería comer; quería su caballo, ¡su caballo negro!»

—Mira, te traemos el de Toñito y jugarás con él. ¿Quieres, eh?

—¡No quiero más que el mío!

Los padres se sentaron á la mesa, pero no podían comer; á cada grido del chico se ponían muy pálidos y se miraban con terror, como dos cómplices en el momento de perpetrar un crimen.

—El niño se va á poner malo—dijo esta vez la madre. Después de una pausa añadió: —¡Pero con doce pesetas!

[Doce pesetas] El sueldo de cuatro días! Además, estaban á últimos de mes y no había en casa tanto dinero.

—No importa; lo primero es nuestro hijo. El habilitado me lo anticipará. ¿Dónde habéla visto el caballo?

Su mujer le dió las señas, y él cogió el sombrero y salió.

Dos horas eternas entretenía María á su hijo en el portal de la casa, esperando el caballo. El muchacho, convencido á medias, miraba á la esquina por donde se lo habían de traer, y sollozaba algo, pero más tranquilo, confiado casi...

De pronto vió venir á lo lejos al padre, al bondadoso *padrazo*, muy de prisa, trayendo un caballo de cartón, enorme, tanto que á duras penas podía contenerlo debajo del brazo.

El chico salió velozmente á su encuentro y le arrebató el juguete. «Sí; era el mismo; negro como las alas de un cuervo, la cabeza inteligente y los ojos reflexivos, que asustaban un poco. Tenía sus cuatro patas muy robustas y apoyadas en una tabla de madera, con ruedas para correr mucho...»

Las tristezas del alma y las lágrimas de los ojos desaparecieron bruscamente, sin cambio progresivo, como un amanecer sin crepúsculo; y en aquella cara infantil se dibujó la risa expresiva y sincera de los niños contentos.

De sobremesa, cuando quedaron los padres solos, mientras el hijo escondido en la sala veía el juguete como un tesoro un avaro, María alambicaba escrupulosamente en el cerebro todas las matemáticas de una mujer casera.

Se trataba de cómo vivirían el mes próximo, teniendo que deducir de la paga las doce pesetas. Difícil era el problema, pero no tardó en resolverse... «Se comerá menos.»

Este finó el acuerdo que tomaron con tranquilidad, riéndose... toda vez que no había otro remedio. ¡Bien valía este sacrificio la alegría de su hijo! De su hijo... que en aquel instante se acercaba por el pasillo haciendo sonar las ruedas del caballo sobre las baldosas.

La puerta se entrecabrió lentamente y en el dintel apareció el chico, preocupado y melancólico, arrastrando con una cuerda la tabla del caballo y un informe montón de cartones negros.

El niño señaló con una de sus manitas aquellas ruinas, y fijando en ellas los ojos azules, desmesuradamente abiertos, exclamó con entonación de cómica sorpresa:

—¡No tenía dentro nada!

LUIS GONZÁLEZ GIL.

CHISMES Y CUENTOS

Vaya, gracias á Dios, está visto que este año no viene el cólera de verdad.

Pero no será porque no le llamen los periódicos á voz en grito.

No hay modo de hablar de otra cosa que de las inundaciones. El asunto es un poco triste, pero no hay otro.

Y... verán ustedes:

«En el barrio del Joropo, un inundado llamado Fernando Torres ha intentado agredir con un puñal...»

¡Hombre! ¿Un inundado?

¿De modo que eso es una profesión como otra cualquiera?

Pues ya han salido del paso los que no saben qué contestar cuando les preguntan:

—¿Qué es usted?

Porque pueden decir:

—Inundado del 85.

Como quien dice quinto del 90.

Otra noticia:

«Se han hundido quinientas cuevas á consecuencia de la inundación. Es una inminente el desplome de otras trescientas, y según el dictamen técnico se desplomarán las restantes, pues la humedad se comunica de unas á otras. De no levantarse barracones, se proyecta abrir nuevas cuevas á poca distancia de las existentes.»

¿Para qué? ¿Para que se corra la humedad?

¿Ó para que en la inundación próxima vuelvan á anegarse?

¡Oh previsión humana!...

Tercera noticia:

«De cuarenta y un cadáveres extraídos, resultan siete hombres, catorce mujeres y veinte niños. Se busca á una mujer y un niño, únicos que faltan. Según se afirma, los muertos ascienden á cuarenta y tres.»

Justos, aunque no se afirmara.

Si se han extraído cuarenta y uno y no faltan más que dos, ha habido cuarenta y tres.

Son habas contadas.

Y apropósito de socorros:

Como, por lo visto, todo el mundo tiene buen cuidado de que su donativo se haga público inmediatamente, y cada noticia de esta clase anda corriendo por la prensa dos ó tres días, algunas veces, por un mismo periódico, resulta que quien da cien pesetas parece que ha dado mil en un momento.

Lo malo es que estas personas caritativas no van á ganar el cielo.

Porque el Evangelio no quiere que se entere la mano izquierda de las limosnas que hace la derecha. Y no sólo se entera la mano izquierda, sino las manos de todos los cofrades del donante.

Suma y sigue:

La caridad bien entendida...

«ALMERÍA 19.—Siguen los ánimos muy excitados. Almería no admite el último acuerdo ministerial de destinar una parte de la suscripción nacional á remediar las desgracias de Villacañas. Téncese una imponente manifestación de protesta.»

«ALCÁZAR 21.—Calificase duramente la conducta del comisario regio, que se niega á dar fondos de la suscripción de Coasuegra.»

Esto conforta el ánimo.

Y menos mal que de todas maneras le han de echar la culpa al gobierno.

Libros:

Sinena, poema por D. José del Pino y García, con un prólogo de don Eugenio Sedano y González. Precio: 50 céntimos.

Ripios ultramarinos (montón 1.º) se titula el último libro publicado por el saludísimo Miguel de Escalada (Antonio de Valbuena). Se compone de una colección de artículos de crítica acerada y chispeante, grato manjar para los paladares de buen gusto y prueba palpable del ingenio de su autor. Precio: 3 pesetas.

Anuario civil de librepensadores para 1894, publicado por el conocido editor de Madrid D. José Matarredona. Forma un elegante volumen de 224 páginas de compacto y escogido texto original y especialísimo, hasta en el santoral del calendario. Encarecen el mérito del texto firmas como las de Víctor Hugo, Castelar, Eduardo Benot, Chies, Demófilo, Rosario de Acuña, Miralta, Barrantes, Salazar Camacho, Pajarón, Zamacois y otros.

Contiene muchos trabajos de enseñanza y recreo, así como infinidad de chistes, cuentos y gran número de picarescos grabados de los primeros dibujantes españoles. Ha de llamar extraordinariamente la atención la preciosa cubierta, hecha con admirable primor, gran intención y suma habilidad.

El libro cuesta una peseta. De venta en la administración de *El Forastero Editorial*, Carranza, 21. segundos, y en las principales librerías.

El Comendador de Malta, interesante y trágica novela de Eugenio Sue, acaba de ser puesta á la venta por *El Folletín*, al precio de dos pesetas. A los suscriptores les ha costado 50 céntimos en Madrid y 75 en provincias.

Los que se suscriban á *El Folletín* recibirán las obras publicadas con el cuarenta por ciento de rebaja.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Reverter.—No, señor, no hay ninguno que sirva; ni ése es el camino.

Froy Marchena.—Muchos consejos habría que dar, porque casi todos los versos son malos de remate. De modo que, si á vuestra paternidad le parece, dejaremos de señalar los defectos... por falta de espacio.

Un quidam.—El primer epigrama le ha salido

bastante... conocido;

lo otro tiene una falta solamente:

que aquello del chiquillo es indecente.

S. de M.—Es de un humorismo trasnochado que no se resiste á estas horas.

Tirios y Troyanos.—El romance es muy largo, un tantico soso, un bastante pesado y cujadito de asonancias que molestan mucho al oído.

Sr. D. A. L.—Se publicará.

Fausto.—Un poco vulgar. ¡Se ha dicho eso mismo tantas veces!

Mr. Zetina.—¡Ay! ¡Si viera usted qué malas le han salido casi todas las redondillas!

Héctor Servandac.—Todo ésto está regularmente versificado, como usted acostumbra; pero los asuntos son vulgaridades. Especialmente el de los *Viajes extraordinarios*, que pica de inocente.

Uno que chuchea.—Y no es lo malo que chuchee, sino que se le conozca en seguida.

Sr. D. B. A.—Tampoco puedo aprovechar para la sección de *Chismes* ninguna *Bogatela* de ésas.

Demosto.—Pues mi opinión es que no están mal, pero sólo para la interesada; porque comprenda usted que son de índole personalísima. Y no hay que citar ejemplos de poetas que han dedicado versos á sus enamoradas, porque siempre hay en ellos algo que pueda interesar á los demás mortales. Y esos de usted son, como digo, exclusivamente para *ella*. Una cosa es la pasión que es eterna y universal, y otra cosa son los amorfios particulares con detalles íntimos.

Giuseppini.—Es mucha formalidad ésa. Y parece mentira que de vez en cuando se le escapen á usted algunas sílabas y vayan á ponerse precisamente donde estorban.

Guadalete.—El romance es pedestre, y... en fin, medianillo.

Sr. D. M. P.—Lo cual les pasa también á esas redondillas, desgraciadamente.

Sr. D. M. P. A.—La mitad son antiguos. La otra mitad tienen los versos mal medidos. Por ejemplo:

«Por no saberse curar yace aquí oculto...»

que es un endecasílabo que pasa de la marca.

Sr. D. V. F.—A mí no me parece buena; pero por si me equivoco, voy á copiarla aquí mismo:

«Criada y fea eres
no es mayor mi desgracia
el verte y contemplarte
saltara yo veinte tapias.
Sabes que te ahorrezco
hasta un pento supremo...»

¡Ay, no puedo seguir! Me faltan las fuerzas.



Tocante á los perfumes, tendrá buen gusto el czar, sacarga por correo *Colonia Palomar!*
Fuencarral, 24.
Perfumería y Droguería.



¡Las bocas abiertas habría que ver si un día lloviera *Cognac de Moguer! Sobrinos de Guineá, Carratas, 27 - Depósito de vinos, Arenal, 2.*



¿Que viene ya el invierno? Como si no viniera; porque ya tengo un terno de casa de *Pesquera.*
Magdalena, 20.

Silogismo clásico



—Lo mejor del mundo es Europa, lo mejor de Europa España, lo mejor de España Madrid, lo mejor de Madrid el palacio de la Equitativa, lo mejor del palacio de la Equitativa el gran almacén de *Escot Fortuny y Compañía*, lo mejor del almacén los mosaicos hidráulicos para pavimentos, las baldosas especiales para patios, terrazas, azoteas, aceras y cuadras, el portland, los azulejos y los objetos de arte en mayólica, cerámica y barro; luego los objetos de arte, el portland, los azulejos, las baldosas especiales y los mosaicos hidráulicos son las mejores cosas del mundo.



—No quiero el turbante! decía el famoso sultán de Damasco, que quiero y requiero que me haga un sombrero *García Carrasco.*
Carreías, 26.



Calvos, venid, que nada se pierde por probar si da buen resultado la *Quina Palomar.*
Droguería y Perfumería.
Fuencarral, 24.



Desde que fué *Martinez* y me hizo esta camisa, ya todos me saludan con plácida sonrisa.
San Sebastián, 2.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



MARCA

REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES



Para lavar ropa fina y ordinaria, usad los jabones de *La Pasionaria!*
Carrera, 12.—Tudela.



El cutis se arregla de un modo especial con el agua de *Colonia Virginal.*
Farmacia de Torres Muñoz.—San Marcos, 7, y San Bartolomé, 11.



Tirso Pérez me ha puesto todos los dientes más iguales, más blancos, más resistentes...
Mayor, 78.



Si del mundo y sus traiciones quieres librarte, ¡oh Soterol tienes que vencer primero tus vicios y tus pasiones, huir de hembras y varones, y en un momento oportuno echarte sin miedo alguno en una cama del *Bazar de la Plaza de la Cebada, número uno.*

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID